



Luis Merino Reyes

La política y los poetas

Una voz hizo falta en la última elección presidencial: la voz de la poesía. No nos referimos a los actos de adhesión, a los homenajes entusiastas ni a las manifestaciones programadas por dirigentes políticos y escritores famosos, afanados por la cultura y su necesaria divulgación. Pensamos en la concurrencia de los poetas y artistas genuinos, en el curso de la campaña.

Conviene recordar que Víctor Domingo Silva fue el rapsoda de los nortinos en 1920; que fue llamado, igual que Eleuterio Ramírez, el *León de Tarapacá* y que ese calificativo de guerra pasó después al abogado y candidato Arturo Alessandri Palma. "Soy un rapsoda, camino y canto al par", proclamó en uno de sus discursivos versos, Víctor Domingo Silva a quien vimos, más de una vez, llevado por mu-

cha gente, de una sala pequeña al vestíbulo marmóreo de la Biblioteca Nacional, para seguir oyendo y aclamando sus versos. Algo inverosímil para el chileno de hoy. Y aún más próximo, se nos aparece Pablo Neruda, en sus últimas campañas electorales, proclamado candidato de su partido, en el curso de la pre candidatura del doctor Salvador Allende. No aludamos mejor a giras anteriores del poeta, cuando se sumó generosamente a los partidarios de otro candidato saturado de promesas, que repetían aquel estribillo: "El pueblo te llama Gabriel...".

Neruda salió de su órbita privada, del ruedo de sus admiradores y conoció la difícil experiencia de hablar al pueblo, de ver la muchedumbre de frente, algo que produce honda emoción. No es lo mismo el mensaje radial, ni la moderna actuación televisiva. Todos lo sabemos. Los ojos que no miran, los labios que murmuran, la cabeza que se vuelve, corresponde a la humanidad movediza, recep-

tora del discurso o del poema.

Hemos llegado hasta la casa de Neruda en Isla Negra; nos resignamos con mirarla a través de una empalizada, nos sentamos en un tronco a la orilla del camino para recordar tanta escena inolvidable. Vemos al poeta, al músico Acario Cotapos, a Homero Arce, a los visitantes extranjeros imprevistos y deslumbrados. La casa de Neruda tenía mucho de primitiva jugetería y de museo. En seguida, desde la playa, divisamos el interior de la casa, las campanas, el mástil de las banderas de bienvenida, hasta creemos advertir el lugar en que el poeta escribía, en una pequeña mesa de artesano, sentado en un taburete, junto a un niño que hoy será un hombre y un búcaro con flores costefías. Nos guían y acompañan los fraternales amigos María Gálvez y Juvencio Valle, como quien dice la amistad y la gloria en movimiento.